

lo que tiene, y con ello el deseo de tener. Lo mismo dice San Agustin: «Con razon dijeron los Apóstoles que habian dejado todas las cosas, aunque no tenian sino unas barquillas y unas redes rotas; porque todas las cosas del mundo deja y todas las menosprecia, el que menosprecia no solo todo lo que tiene, sino tambien todo lo que podia desear (1).»

Es un consuelo grande para los que de a mos poco, porque no teniamos mas. Dice San Agustin hablando de sí mismo, cómo habia vendido y dejado eso que tenia: «no porque no fuí rico por eso se me tendrá á menos, porque tampoco los Apóstoles fueron ricos; mas aquel deja todo el mundo que deja no solo todo lo que tiene, sino todo lo que puede desear (2).» Tanto deja uno por Dios cuanto deja de desear por él; y así todo el mundo y todas las cosas dejastes, si dejastes la aficion y deseo, no solo de lo que teniades y podiades tener, sino tambien de todo lo que podiades querer y desear; y así bien os podeis alegrar y decir con los Apóstoles: «Señor, todas las cosas habemos dejado por vos (3).» Y el que tenia mucho allá en el mundo no se tenga por eso en mas ni piense que por eso ha dejado mucho; porque si no deja el deseo de todo lo que podia querer y desear, poco deja. Mucho mas dejó el otro, porque dejó el deseo de todas las cosas del mundo.

Pues en esto consiste lo principal de esta pobreza de espíritu: en este despegar

dimisit, quando uterque etiam desiderium habendi reliquit. Greg. Homil. V, in Matth.

(1) Piscatores vocante domino, quod naviculas, et retia dimiserunt, omnia se dimisisse, et Dominum secutos esse, etiam commemorando laetati sunt, et revera omnia contemnunt, qui non solum quantum potuit, sed etiam quantum voluit habere contemnunt. Aug. epist. 34 ad Paulinum.

(2) Nec enim quia dives non fui, ideo minus mihi imputabitur; nam nec Apostoli, qui priores hoc fecerunt, divites fuerunt. Sed totum mundum dimittit, qui et illud quod habet, et quod optat habere, dimittit. Aug. epist. 89 ad Hilar.

(3) Ecce nos reliquimus omnia. Matth. XIX, 27.

miento, desaficion y menosprecio de las cosas, en que tengamos todas las cosas del mundo debajo de los pies, y como estiércol, como dice San Pablo (1), todo lo habemos de hollar, y menospreciar, y tener en nada por ganar á Cristo. Estos son los pobres de espíritu, que él llama bienaventurados, y con mucha razon; no solo porque es ya suyo el reino de los cielos, como habemos dicho, sino tambien porque comienzan desde luego á gozar de una hartura muy grande, que es una felicidad y bienaventuranza en la tierra. Porque ser uno dichoso y bienaventurado, dice Boecio, no está en tener muchas cosas, sino en tener cumplimiento de sus deseos. Y San Agustin dice: «Aquel es bienaventurado que tiene todo lo que quiere y no quiere mal ninguno (2).» Pues esto mas lo tienen los pobres de espíritu que los ricos y poderosos del mundo; porque los pobres de espíritu tienen todo lo que desean, porque no desean cosa alguna fuera de lo que tienen; con aquello están hartos y no desean mas; antes todo les parece que les sobra: pero los ricos del mundo nunca están hartos ni contentos. Dice el Sábio: «No se hartará el avariento con el dinero (3).» La codicia nunca dice basta (4); porque esas cosas no pueden bastar para hartar su apetito, antes le despiertan y acrecientan (5). Así como el hidrópico, mientras mas bebe, mas sed tiene: así el avariento, por mucho que tenga, siempre codicia lo que le falta, siempre está suspirando por mas, porque no hace caso de lo que tiene, sino de lo que podría haber; y mas pena le dá lo que le falta que

(1) Omnia arbitror ut stercora, ut Christum lucrificiam. Ad Philip. III, 8.

(2) Beatus est, qui habet quidquid vult, et nihil male vult. Aug. lib. 13 de Trinitate.

(3) Avarus non implebitur pecunia. Eccl. V, 9.

(4) Nunquam dicit sufficit.

(5) Crescit amor nummi, quantum ipsa pecunia crescit.

contento todo lo que tiene; y así siempre vive en pena y tormento, hambreado, deseando y procurando mas.

De Alejandro Magno se cuenta (1) que oyendo á un filósofo llamado Anaxerocio ó Anaxarco, tratar y disputar que habia infinitos mundos, comenzó á llorar; y preguntándole los suyos por qué lloraba, respondió: «¿No os parece que tengo razon de llorar, que habiendo tantos mundos, como este dice, aun no habemos podido ser señores de uno solo?» Mas pena le daba el deseo de lo que le faltaba que contento todo lo que tenia. Y por el contrario el otro filósofo (Crates), con una capa vieja y una mantilla pobre andaba tan contento y tan regocijado que siempre parecia que era Pascua para él; mas harto y mas contento y rico estaba con su pobreza que Alejandro con todo el mundo. Y así se lo dijo muy bien Diógenes el Cínico al mismo Alejandro y lo trae San Basilio (2). Viendo Alejandro á este filósofo con suma pobreza, dijole: «De muchas cosas me parece que tienes necesidad, pídemela y dártelas hé.» Respondió el filósofo: «¿á quién te parece, oh emperador, que le falta mas; á mí, que no quiero mas que mi capa y mi zurrón, ó á tí que, siendo rey de Macedonia, te pones á tanto peligro por ensanchar tu reino y que apenas basta todo el mundo para tu codicia? Mas rico soy yo que tú.» Y dice San Basilio que dijo muy bien; porque decidme, ¿cuál es mas rico? ¿aquel á quien le sobra, ó aquel á quien le falta? Claro está que aquel á quien le sobra. Pues á aquel filósofo le parecia que le sobraba todo y no le faltaba nada de lo que deseaba, porque no deseaba mas de lo que tenia, y á Alejandro Magno le faltaba mucho para lo que deseaba y queria tener; luego mas rico estaba

aquel filósofo que Alejandro, y mas le faltaba á Alejandro que al filósofo.

De manera, que la verdadera riqueza y el contento y felicidad de esta vida no está en tener mucho, sino en el cumplimiento de los deseos y hartura de la voluntad: ni la pobreza está en la falta de las cosas, sino en la hambre y deseo que tiene uno de ellas y en aquella sed insaciable de tener. Dijo allá Platon: «Quitada esa, el que fuere bueno será rico (1).» Trae San Crisóstomo una buena comparacion para declarar esto: si uno tuviese tan gran sed, que tras un vaso bebe otro y otro, y con todo eso, es tanto el ardor que siente dentro, que no se puede hartar; este tal, aunque tuviese mucha abundancia de agua que poder beber, no por eso diríamos que era dichoso y bienaventurado. Por mas dichoso y bienaventurado tendríamos al que no tuviese sed, ni sintiese gana de beber; porque aquel es como el hidrópico, ó como el que se está abrasando con una calentura recia; y este, como quien está sano y bueno. Pues esa es la diferencia que hay de los que desean tener riquezas y hacienda á los verdaderos pobres de espíritu que están contentos con lo que tienen y no desean cosa alguna de este mundo: que estos están sanos, y los otros enfermos: estos están hartos, y los otros hambrientos; estos están ricos, y los otros pobres.

Esto es lo que dice el Espíritu Santo por Salomon: ¿Qué es cosa y cosa, dice el Sabio (2), que el que no tiene nada, está muy rico, y el que tiene mucha hacienda y riquezas está como un pobre necesitado, siempre hambreado y deseando mas, pareciéndole que le falta siempre? ¿Sabeis

(1) Quasi recesserit, qui bonus est, dives quoque fuerit. Platon; et refert Clemens Alexand. lib. 2. Stromat.

(2) Est quasi dives, cum nihil habeat; et est quasi pauper, cum in multis divitiis sit. Prov. XIII, 7.

(1) Plutarch. lib. de tranquillit. animae. — Valer. Max. (2) Basil. hom. 24.

qué es esto? Es la miseria, infelicidad y mengua que traen consigo las riquezas y bienes del mundo, que no pueden hartar, ni dar contento; y esa es la felicidad y bienaventuranza que trae consigo la pobreza de espíritu, que hace bienaventurados á los que la tienen, porque comienzan desde luego á gozar de una hartura muy grande.

De Sócrates se refiere que solia decir: «Dios no tiene necesidad de nada, y así aquel es mas semejante á Dios que tiene necesidad de menos cosas y se contenta con menos (1)». Y pasando él por la plaza, y viendo tanta multitud de cosas como allí se venden, solia decir, hablando consigo: «¿De cuánta multitud de cosas no tengo yo necesidad (2)!». El vulgo ignorante, y los avarientos y codiciosos, cuando ven tanta multitud de cosas, gimen diciendo: «¿Qué de cosas me faltan (3)!».

CAPITULO V.

De los religiosos que, habiendo dejado cosas mayores, se aficionan en la Religion á cosas menores.

De lo dicho se sigue, para nuestro aprovechamiento, lo primero, que si los que dejamos el mundo, hacienda y riquezas, no dejamos tambien la aficion á esas cosas, no somos pobres de espíritu; porque esa pobreza consiste en que no solo con el cuerpo y exteriormente nos apartemos de las cosas del mundo, sino que con la voluntad y aficion nos despeguemos tambien de ellas: y esto es lo principal de la pobreza de espíritu. Y así, si aun dura en vos la aficion á esas cosas, no las habeis dejado del todo: con vos las trajistes á la Religion, pues las

(1) Eum esse Dii simillimum, qui quam paucissimis egeret; cum Dii omnino nullius egeant rei. Laertius lib. 2. — Brusius, lib. 3, c. 23.

(2) Quam multis rebus ego non egeol.

(3) Quam multa mihi desunt!

teneis dentro de vuestro corazon, y así no sois pobre verdadero, sino fingido; y por consiguiente, ni religioso verdadero, sino fingido, pues solamente con el cuerpo estais en la religion, y con el espíritu y corazon en el mundo; falsamente teneis nombre de religioso.

Lo segundo, se sigue que si el religioso, que dejó y menospreció la hacienda y riqueza del mundo, acá en la Religion se aficiona á cosillas, al aposento, al vestido, al libro, á la imagen ó á otras cosas semejantes, no es verdadero y perfecto pobre de espíritu. La razón es la misma, porque lo principal de la pobreza de espíritu está en dejar la aficion de las cosas del mundo y tener despegado el corazon de ellas; y este tal no ha dejado esa aficion, sino la que tenia allá á esas cosas, acá en la Religion la ha pasado y mudado á cosas pequeñas, y así está pegado y aficionado su corazon á estas niñerías, como lo estaba allá en el mundo á la hacienda y riquezas. Casiano trata muy bien este punto. No sé, dice (1), cómo declarar una cosa ridicula, que pasa en algunos religiosos, que despues de haber dejado la hacienda y riquezas que tenían en el mundo los vemos en la religion andar con tanto cuidado y solicitud en cosillas y menudencias, buscando y procurando algunas comodidades superfluas é impertinentes, tanto, que aun algunas veces es mas la aficion y solicitud que tienen en estas cosas que la que tenían en el mundo á toda su hacienda (2). A los cuales, dice, poco les aprovechará haber dejado mucha hacienda y grandes riquezas, porque no dejaron la aficion de ellas, sino mudáronla y pasáronla á estas pequeñas y menudas, porque la aficion y codicia que ya en la Re-

(1) Cass. collat. 4. Abbatis Daniel, cap. 21.

(2) Ut horum cura pristinarum omnium facultatum superet passionem. Ib.

ligion no pueden escitar acerca de cosas preciosas, la tienen y ejercitan en cosas pequeñas y viles. Y así muestran manifestamente que no dejaron la aficion y codicia, sino que la mudaron y pasaron á estas niñerías. La misma codicia se tienen acá que allá, como si el mal estuviera en el oro ó en la diferencia de los metales y de las cosas, y no en la pasion y aficion del corazon. Y como si para eso hubiéramos dejado las cosas grandes para poner nuestra aficion en las pequeñas, que no dejamos para eso las cosas mayores; sino para eso dejamos lo mas y rompimos con ello, para que acá se nos haga mas fácil menospreciar lo menos (1); porque de otra manera, si la aficion y codicia tiene preso y asido nuestro corazon, qué mas se me dá que eso sea con cosas grandes, ó con cosas viles y pequeñas; pues tan pegados y aficionados estamos acá á esas cosas pequeñas, y tan ocupado y embarazado está nuestro corazon con ellas como pudiera estar con las grandes? Todo se sale á una cuenta, como lo mismo es no ver el sol por estar puesta delante de los ojos una lámina de oro, hierro ó estaño; tanto impide lo uno como lo otro. Lo mismo dice el abad Marco en una consulta ó coloquio que hace hablando con su ánima: «Dirasme, ánima muy amada, nosotros no allegamos oro ni plata, ni tenemos heredades ni posesiones; y yo te responderé, que no es el oro ni las heredades lo que daña, sino el usar mal de estas cosas y la aficion desordenada á ellas. Y así vemos que algunos ricos, porque no dejaron pegar su corazon

(1) Nam vitium cupiditatis, et avaritiae, quod etiam species pretiosas exercere non possunt, circa viliores materias relinquentes, non abscidisse, sed immutasse probant pristinam passionem. Eadem, quo antea, libidine detinentur. Quasi vero differentia tantummodo metalloium, et non ipsa passio cupiditatis habeatur innoxiae. Sed idcirco pretiosiores abjecimus materias, ut facilius disceremus viliora contemnerent. Ib.

y aficion á las riquezas, agradaron á Dios y fueron santos, como un Abraham, un Job, un David. Empero nosotros, no teniendo riquezas, habiéndolas ya dejado, sustentamos y conservamos el vicio de la avaricia en cosas vilisimas y apocadas. No allegamos oro ni plata, pero allegamos cosas vilisimas, y en esas ponemos nuestro corazon, y las tenemos tanta aficion como tuviéramos en el mundo al oro y á la plata; y tanto nos inquietamos acá algunas veces por estas cosas como nos inquietáramos allá por esotras, y aun por ventura mas. No recibimos obis-pados, ni pretendemos dignidades, ni tenemos ambicion á esas cosas: pero deseamos la honrilla y la opinion de los hombres y procurámoslas por todas las vias que podemos, y holgamos de ser alabados y estimados, así de los de dentro como de los de fuera (1). Mas miserables y mas dignos de reprehension somos que los del mundo, dicen estos Santos, por habernos apocado y abatido mas que ellos; porque los del mundo, ya que se aficionan, es á cosas que parecen de tomo y de valor; pero nosotros, habiendo dejado esas, ponemos nuestra aficion en cosas viles y pequeñas. Habémosnos vuelto niños. Habiamos de irnos haciendo hombres y varones perfectos, creciendo cada dia, como dice San Pablo (2), y hacémoslo al revés, que de hombres y varones que fuimos, cuando entramos en la Religion, dejando todas las cosas del mundo y rompiendo varonilmente con todo, nos

(1) Et nos, iniquis, anima clara, nec aurum cumulamus, nec praedia possidemus. Et ego respondebo tibi, nec aurum, nec praedia per se detrimentum afferre, sed praeposterum illorum usum. Quidam enim divites, cum divitiarum amore minime tenerentur, Deo placuerunt, ut sanctus Abraham, Job, et David. — Nos vero sine divitiis avaritiae vitium in materia abjectissima nutritum. Non cumulamus aurum, sed res vilissimas congerimus. Principatus, et dignitates non accipimus, sed omni ratione gloriam, et laudem aueupamur. Abbas Marcus; est ultimum opus. ejus in Biblioth. Sanctorum Patrum, tom. 3.

(2) In virum perfectum. Ad Ephes. IV, 3.

habemos hecho niños, poniendo nuestra afición en niñerías y diges de niños. Y así como el niño, en quitándole la manzana y a niñería, luego llora; así estos tales, en quitándoles la cosilla á que estaban aficionados, y en no concediéndoles lo que piden, luego se turban y se inquietan. Esto es lo que dice Casiano, que por una parte es cosa de risa, y por otra de lástima y compasión, ver que un hombre grave, un religioso que al fin tuvo pecho para menospreciar el mundo y cuanto habia en él, se venga á sujetar tanto á cosas bajas y menudas que se turbe é inquiete como un niño porque no le dieron una manzana, porque le quitaron una niñería.

El glorioso San Bernardo, escribiendo á unos religiosos dice: «Mas miserables somos nosotros los religiosos que todos los hombres, si en la Religion habemos de andar en estas niñerías, y por ellas perder todo lo que habemos dejado y hecho hasta aquí. Qué ceguedad, ó por mejor decir, qué locura y desatino es, que habiendo dejado las cosas mayores, nos vengamos á sujetar á unas cosas tan bajas y apocadas, con tan gran pérdida y menoscabo nuestro (1)». ¿Quereis ver la pérdida? dice San Bernardo: «Habemos menospreciado el mundo y todas las cosas de él; habemos dejado nuestros padres, parientes y amigos; habémonos emparedado en los monasterios, y obligado á cárcel perpetua, y á estar siempre debajo de llave y de portero; habemos dejado nuestra voluntad y obligádonos á seguir la voluntad agena; ¿qué no habíamos de hacer para no perder tantas y tan grandes cosas (2)?»

(1) Miserabiliores sumus omnibus hominibus nos Monachi, si pro tam exiguis tanta patimur detrimenta: Quid enim insipientiae, imo quid insaniae est, ut qui majora reliquimus, minora cum tanto discrimine teneamus? Bernard. ad Monach. S. Berolini.

(2) Si mundum contempsimus universum, si abrenuntiavimus affectibus propinquorum, si monasterio-

CAPITULO VI.

De tres grados de pobreza.

Tres grados de pobreza ponen los Santos y maestros de la vida espiritual. El primero, de los que esteriormente dejaron las cosas del mundo, pero no las dejaron interiormente con la voluntad, sino quedáronse con la afición de ellas; y estos, ya dijimos que no eran pobres verdaderos, sino fingidos, y que falsamente tienen el nombre de religiosos. El segundo grado de pobreza es de los que han dejado las cosas del mundo con efecto y de voluntad, y también acá en la Religion han dejado la afición de cosas superfluas; pero tiénela grande á las cosas necesarias: andan con mucho cuidado de que no les falte nada de lo que han menester: quieren estar muy bien acomodados en todo, en la comida, vestido, aposento y en todo lo demás; y cuando en esto les falta algo, se sienten y quejan: esta no es perfecta pobreza. Dice muy bien San Bernardo (1): Cosa es mucho de doler ver que haya el día de hoy tantos que se glorian del nombre de la pobreza, y de tal manera quieren ser pobres que no quieren que les falte nada, sino que todo sea muy cumplido. Eso no es pobreza, sino riqueza, y tan grande, que aun los ricos del mundo no la tienen, sino que padecen muchas faltas en esas cosas; unas veces, porque no tienen todo lo que quieren; otras, por no gastar, sufren mas que nosotros por el amor de la virtud; otras, porque aunque lo tengan y gasten, no lo aciertan á hacer los criados todo á su gusto.

rum carceri mancipavimus nosmetipsos, si denique non venimus voluntatem nostram facere, sed imposuimus homines super capita nostra: quid non oportet fieri, ne forte contingat haec omnia nobis in insipientia nostra, et negligentia deperire? Ib.

(1) Bernard. serm. 4 de Adventu.—Idem. S. Vincent. tract. de vita spirit. c. 4; et Albert. Magn. in paradiso animae c. 5.

Y vos, que sois religioso y profesais la pobreza, y habeis hecho voto de ella, ¿no quereis sentir necesidad, ni padecer cosa alguna? Eso no es ser amigo de la pobreza, sino ser amigo de vuestras comodidades y de tenerlo todo muy cumplido. Allá en el mundo por ventura nos faltara mucho mas; no es razon que en la Religion, donde venimos á mortificarnos y hacer penitencia, queramos mas regalo y comodidades de las que tuviéramos allá.

Pues si queremos llegar á la perfeccion de esta pobreza de espíritu y llenar el nombre de religiosos, y que concuerde la vida con el nombre que tenemos, habemos de procurar pasar adelante al tercer grado de pobreza, que es: pobreza de las cosas necesarias; porque el verdadero pobre aun de lo necesario hace poco caso (1); dejar la afición, no solo de las cosas superfluas y escusadas, sino también de las necesarias. De manera, que aun en esas seamos pobres y mostremos en ellas afición y deseo á la pobreza; y ya que no las podemos dejar, ni escusar y dejar del todo, á lo menos tomemos lo necesario muy tasada y estrechamente, y no vamos ensanchando esa necesidad, sino estrechándola y reduciéndola á lo menos que pudiéremos, holgándonos siempre de padecer algo en eso por el amor de la pobreza. Dice un Santo (2): no es loable ser el hombre pobre, sino cuando siendo muy pobre ama aquella pobreza que tiene, y se huelga con ella, y sufre y lleva con alegría las faltas que en ella se le ofrecen, por amor de Cristo. Pues el que quisiere ver si es pobre de espíritu y si va aprovechando en eso, mire si se huelga con los efectos de la pobreza y con los amigos y compañeros de ella, que son: ham-

(1) Paupertas necessariorum. Vere enim pauper, etiam necessaria parvipendit.

(2) San Vicente trac. de vita spirit. cap. 4.

bre, sed, frio, cansancio y desnudez. Mirad si os holgais con el vestido viejo y con el zapato remendado; mirad si os holgais cuando os falta algo en la mesa, y cuando se olvidan de vos ó cuando no viene tan á vuestro gusto; mirad si os holgais cuando el aposento no es tan acomodado: porque, si no os holgais con estas cosas, ni las amais, antes hui de ellas, no habeis llegado á la perfeccion de la pobreza de espíritu: lo cual declararemos mas adelante.

CAPITULO VII.

De algunos medios para alcanzar la pobreza de espíritu y conservarnos en ella.

Ayudarános mucho para alcanzar la pobreza de espíritu y conservarnos en ella: lo primero, aquello que nos dice nuestro Padre en las Constituciones. «Ninguno tenga el uso de cosa alguna como propia (1)». Declaraba él esto con una comparacion; decía (2) que el religioso, en todo aquello de que usa, ha de hacer cuenta que está vestido y adornado de ello como una estatua, la cual no resiste en cosa alguna cuando ó porque le quitan sus vestidos: de esa manera habeis vos de tener el vestido que tenéis, y el libro, y el Breviario, y todo lo demás de que usais, que si os dicen que lo dejéis ó le troqueis por otro, no sintais mas que siente la estatua cuando la despojan de sus vestiduras: si de esa manera lo tenéis, no lo tendreis como propio; pero si cuando os dicen que salgais de tal aposento, ó que dejéis tal cosa, ó la troqueis con otra, sentís mucha repugnancia y dificultad, y no sois como la estatua, señal es que teníades aquello como vuestro, pues os sentís y agraviais de que os lo quiten. Por esto

(1) P. III Const. c. 1, § 7; et Reg. 4 Summarii.
(2) Lib. 5, cap. 4 de la vida de N. P. S. Ignacio.

quiere nuestro Padre (1) que los superiores prueben y tientos algunas veces á sus súbditos en la virtud de la pobreza y en la virtud de la obediencia; como Dios, dice, tentó á Abraham, para que se eche de ver la virtud que cada uno tiene, y para darles con eso ocasion de que crezcan mas en ella. Esta es una manera de prueba muy buena y un medio muy á propósito para lo que vamos diciendo; quitarnos lo que tenemos y hacérselo trocar y mudar. Dice San Agustin, tratando de la afición á estas cosas de la tierra: «Muchas veces, cuando tenemos la cosa, pensamos que no estamos aficionados á ella; empero cuando nos la quitan, conocemos lo que somos (2).» Si cuando dejais la cosa ú os la quitan, sentis repugnancia y dificultad, y por ventura os tentais, es señal que estábades aficionados á ella; porque de la afición nació ese dolor y sentimiento. Dice San Agustin: «Cuando dejamos la cosa sin tomar pena ni tristeza, es señal que no estábamos pegados ni aficionados á ella; pero cuando la dejamos con pena y dolor, es señal que la teníamos afición (3).» Pues por esto es muy bueno que los superiores usen á menudo el ejercitarnos en estas cosas, mudándonos del aposento, en que por ventura nos hallábamos muy bien y estábamos aficionados á él, y haciéndonos dejar el libro y trocar el vestido, para que no vamos prescribiendo en ninguna cosa; porque de esa manera se podría ir entrando poco á poco la propiedad y desmoronando este muro firmísimo de la pobreza. Y así leemos que este ejercicio era muy usado de aquellos Padres antiguos para que los re-

(1) P. III Const. c. 1, lit. V.

(2) Plerumque cum adsunt nobis, putamus quod non ea diligamus, sed cum abesse caeperint, invenimus qui simus. Aug. lib. 1 de serm. Domini in monte, et lib. de vera Religione, cap. 47 et 48.

(3) Hoc enim sine amore nostro aderat, quod sine dolore discedit. Et non relinquitur sine dolore, quod cum delectatione retinetur, 16.

ligiosos no se aficionasen á las cosas, ni las tuviesen como propias. Así lo hacia San Doroteo con su discípulo San Dositeo. Daba San Doroteo á Dositeo una ropa ó vestido, y hacia que lo cosiese y aderezase muy bien, y despues que él lo tenia muy bien acomodado para sí, quitábaselo y dábalo á otro. Es este libro de San Doroteo muy conforme á nuestro modo de proceder, y descende á muchas cosas menudas. Cuéntase allí que era enfermero San Dositeo, y contentóse una vez de un cuchillo, y pidiósele á San Doroteo, no para sí, sino para usar de él en la enfermería. Dicele San Doroteo: «¿Contentate el cuchillo, Dositeo? ¿Cuál quieres mas, ser esclavo de este cuchillo, ó ser esclavo de Cristo? ¿No te avergüenzas de que este cuchillo se enseñoree en tí (1)?» ¡Oh! cuántas veces nos podríamos decir á nosotros mismos: «¿No te avergüenzas que una niñería como esta se enseñoree de tí y te traiga al retortero?» Dicele: «No le toques mas.» Nunca mas le tocó. Y no tengamos estas por niñerías, ni por cosas de poca importancia. Dice maravillosamente San Gerónimo (2), en un ejemplo semejante, á los que no entienden el valor de la virtud, ni han llegado á la perfeccion y puridad de ella; pareceránles por ventura estas cosas juego de niños y de poca importancia; pero no son, dice, sino de grande perfeccion, y una sabiduría santa, escondida á los sábios y prudentes del mundo, y revelada y manifestada á los humildes y simples de corazón.

Lo segundo que nos ayudará á conservar en esta pobreza de espíritu, será no tener cosa ninguna supérflua. Esta es una cosa particular en que el Señor nos hace

(1) Placetne tibi Dosithee? Visne fieri hujus gladioli servus, an servus Christi? Non erubescis appetere, et velle, ut gladius hic dominetur tibi? Doroth. IV. Reg. IV, 9.

(2) Hieron. in reg. Monachor. cap. 12, tom. 4.

mucha merced en la Compañía; porque nuestros aposentos son como aquel que dice la Sagrada Escritura que tenia aderezado aquella muger Sunamitis para el santo Profeta Eliseo. Pasaba muchas veces el Profeta por su casa, y dice á su marido: «Páreceme que este hombre es santo: dispóngámosle un aposento pequeño, pongamos en él cama, mesa, silla y candil, para que pose en él cuando venga á casa (1).» Este ha de ser el aderezo de nuestros aposentos; una cama, una mesa, una silla y un candil; solamente lo necesario, no se usa, ni se permite acá en ninguna manera tener las celdas aderezadas y compuestas con cuadros, retratos ú otras cosas semejantes, ni se permite tener en ellas sillas de respeto, ni escritorio curioso, ni carpeta, ni antepuerta; ni podemos tener en una celda un poco de conserva, ni otro regalo ninguno con que consolarnos, ó con que podamos consolar ó convidar á los que nos visitasen, sino que para beber un poco de agua es menester pedir licencia é ir al refectorio; ni aun un libro puede uno tener en que eche una raya y pueda llevar consigo. No se puede negar, sino que esta es gran pobreza; pero es juntamente gran descanso y grande perfeccion, porque estas cosas no hay duda sino que ocupan y embarazan mucho á un religioso; porque el haberlas, el conservarlas, el aumentarlas, claro está que ha de costar cuidado y distraccion. Pues de no permitirse el tenerlas, como no se permite acá, vienen á cesar todos esos inconvenientes. Una de las razones por que en la Compañía no se usa que los de fuera entren en nuestros aposentos, fuera de otros inconvenientes que en ello hay, es para que así se pueda mejor conservar nuestra po-

breza, porque al fin somos hombres, y si hubiera de entrar en nuestra celda el caballero, el mercader y el letrado, que confesamos, no sé si tuviéramos virtud para contentarnos con la pobreza que en ella tenemos, sino que quisiéramos tenerla muy adornada de libros, para que siquiera por los libros me tuviera el otro por letrado y por hombre de mucha cuenta. Y así nos ayuda esto mucho á conservarnos en nuestra pobreza y á no tener cosas supérfluas, y lo habemos de estimar en mucho, y procurar que vaya siempre adelante.

Es tambien muy buen medio para conservarnos en esta santa pobreza, y mucho de loar, lo que usan algunos religiosos, de llevar al superior todas sus cosas que llaman aficiones, y deshacerse de ellas aunque sean cosas que lícitamente y conforme á obediencia las pudieran tener. En las Crónicas de la Orden de San Gerónimo se dice (1) que en sus principios se usaba mucho esto, y que se tenia tanto cuidado de que ningun religioso tuviese cosa supérflua, ni curiosa, que cuando se hallaba en poder de alguno alguna cosa curiosa, y no religiosa, se juntaban todos á capítulo, y hacian un gran fuego en medio, y allí lo quemaban, diciendo aquellos santos varones que aquellas tales cosas eran ídolos de los religiosos. Pues esto habemos nosotros de imitar: todas las cosas que no nos son necesarias las habemos de desterrar de nuestras celdas, y deshacernos del todo de ellas, llevándolas y ofreciéndolas al superior, sin esperanza de que jamás nos las vuelvan; y para deshacernos de estas cosas y ofrecerlas al superior, no es menester que les tengamos afición, sino basta que no sean cosas necesarias.

Añade á esto otra cosa San Buenaven-

(1) Faciamus ergo ei caenaculum parvum, et ponamus ei in eo lectulum, et mensam, et sellam, et candelabrum, ut cum venerit ad nos, maneat ibi. IV. Reg. IV, 9.

(1) Crónica de San Gerónimo, cap. 43.

tura (1), que aun para dar á otros, como algunos hacen, con titulo de premios, y de ganarlos, ó con color de devocion, no aprueba el tener estas cosillas; porque al fin ocupan el corazon y son causa de distraccion: fuera de que esto es hacerse uno singular entre los demas, porque parece que es el que en casa tiene tienda de esas cosas y á quien todos han de acudir. Y mas, dice el Santo, hay otro inconveniente en esto, que muchas veces se dan estas cosillas sin licencia: unas veces sin mirar en ello, otras porque tiene uno vergüenza de acudir tantas veces al superior con esas niñerías, y es causa que los otros las reciban tambien algunas veces sin licencia, por no atreverse á decir de no, y avergonzar al que se las dá; y asi es causa que queden por una parte desedificados de él, y por otra con escrúpulo y remordimiento. Tambien hay en esto otra cosa, que algunas veces con estas dádivas y doncellas se suelen cebar y fomentar las amistades y familiaridades particulares que condenan los Santos, porque son en perjuicio de la union y caridad fraterna, como digimos en su lugar (2). Por lo cual, dice San Buenaventura, no agradan estas cosas á nuestros mayores. Y asi es tambien en nuestra Religion; porque aunque se permite esto en algunos, por razon de sus ministerios; pero en otros bien sabemos que no agrada á los superiores, ni edifica á nuestros hermanos. El religioso ha de ser tan pobre que no tenga que dar. Y esto es lo que edifica, y los que son amigos de tener cosillas para dar, no edifican ni parecen bien; y asi es razon que sigamos en esto el consejo de San Buenaventura.

Ayudará tambien mucho para esto llevar adelante una cosa en que resplandece

grandemente la virtud de la santa pobreza, y nos hace el Señor particular merced en ella en la Compañía; y es, que no tenemos las celdas cerradas, ni podemos sin particular licencia del superior tener escritorio, ni arca, ni otra cosa alguna cerrada: todo está abierto y patente al superior. De manera, que en el mismo modo de tener cuanto tenemos y usamos, parece que estamos diciendo: «tomadlo allá, si quereis.» Y notó esto muy bien San Gerónimo: «No sean menester llaves, porque eso sea señal é indicio que nada tenemos, ni estimamos, sino á Jesus (1).» Y con tenerlo todo tan patente y manifiesto, por la bondad del Señor, está muy guardado para con los de casa. Para que pudiésemos hacer esto con facilidad y seguridad, puso nuestro Padre, lo primero una regla que nadie pueda entrar en la cámara de otro sin licencia del superior, que es una cerradura, ó llave, con la cual ha de estar mas guardada nuestra celda que con la llave de hierro. Y puso tambien otra regla, que ninguno tome cosa alguna de la casa ó cámara de otro, sin licencia del superior, que es otra cerradura y llave muy fuerte. Y sobre todo eso echa el sello el voto de la pobreza, que es otro candado fortísimo. Con estas tres cerraduras y llaves tan fuertes mas guardada ha de estar nuestra celda y todo lo que tuviéremos en ella, para con los de casa, aunque esté abierta y patente, que si estuviera cerrada con puertas y candados de hierro. Y todo habemos de procurar que sea asi, para que vaya esto adelante: y seria digno de gran castigo el que con su atrevimiento fuese causa que se menoscabase esta llaneza, sinceridad y perfeccion con que procede la Compañía, y nos pu-

(1) D. Bonavent. de inform. Novitiorum, part. 2, cap. 9.
 (2) Part. I, trat. 4, cap. 18.

(1) Neque opus sit clavibus, ut jam ex ipsis monastretur exteriorum indicis, quod nihil habetur extrinsecum praeter Jesum. Hieron. in Regula.

siese en contingencia de alterar una cosa tan santa y en que tanto resplandece la virtud de la santa pobreza; contra los cuales hablan gravemente, y con palabras mayores, San Basilio y San Buenaventura (1).

CAPITULO VIII.

De otro medio que nos ayudará mucho para alcanzar la pobreza de espíritu y conservarnos en ella.

Ayudarán tambien mucho para conservarnos en la pobreza de espíritu y alcanzar la perfeccion de ella, no solamente deshacernos de las cosas superfluas, sino procurar que en las mismas cosas necesarias, de que forzosamente habemos de usar, resplandezca la virtud de la pobreza y que en todas ellas parezcamos pobres, pues lo somos. Esto nos encarga nuestro Padre en las Constituciones. «El comer, vestir y dormir será como cosa propia de pobres, y cada uno se persuada que lo peor de casa es para él, para su mayor abnegacion y provecho espiritual (2).» Y en otra parte (3) dice: «Amen todos la pobreza como madre, y segun la medida de la santa discrecion, á sus tiempos sientan algunos efectos de ella.» Quiere nuestro Padre que deseemos lo pobre y lo peor; pero no quiere que se nos vaya todo en deseos, sino que algunas veces sintamos por obra los efectos de la pobreza (4). De manera, que aunque no falte lo necesario para la vida, haya siempre en qué se pruebe la virtud de la santa pobreza; y no se contentó con decir esto asi en general una y otra vez, sino despues en

la sesta parte de las Constituciones (1) se pone de propósito á declarar cómo ha de ser nuestro vestido, para que siendo por una parte religioso y conveniente á nuestros ministerios, sea tambien conforme á la pobreza que profesamos. Y dice que se han de guardar tres cosas en él: lo primero, que sea honesto, porque somos religiosos; lo segundo, que sea acomodado al uso de la tierra en que vivimos, porque nuestro modo de vivir es comun en lo exterior: lo tercero, que no sea contrario á la pobreza. Y declara allí que seria contrario á la pobreza si el vestido fuese de paño muy costoso. Y asi, aunque sus padres, parientes, amigos ó devotos, quieran dar al religioso paño fino, no se ha de vestir de ello, porque ese no seria hábito de pobre, ni conforme á nuestras constituciones. Algunos alegan que se ahorra en ser el paño bueno, porque dura doblado y tresdoblado y que asi parece aun mas pobreza; pero estas son razones de carne y mundo: mucho mas va en que resplandezca la pobreza en el vestido que traemos, y en que parezcamos pobres, y andemos vestidos como pobres, pues lo somos; que en todo cuanto se puede ahorrar. Y mas, no solo en la calidad del paño, sino en la misma hechura del vestido ha de resplandecer tambien la pobreza; porque si uno quisiese un vestido muy cumplido, muy largo y autorizado, ese no seria hábito de religioso pobre.

Con dos cosas solamente quiere nuestro Padre (2) que se tenga cuenta en el vestido, con la decencia y honestidad y con que defienda del frio, porque para estas dos cosas se instituyó el vestido, y ese es su fin. Y es doctrina de San Basilio, el cual trae á este propósito aquello de San Pablo: «Contentámonos con tener alimentos con que

(1) Basil. in Const. Monast. cap. 35.—Bonav. in spec. disc. part. I, cap. 4.
 (2) Cap. IV, exam. §. 26.—Reg. 25 summarii.
 (3) Part. III, Const. cap. 1. §. 25. Reg. 24.
 (4) Part. III, Const. cap. 2, §. 3 et lit. G.

(1) Part. VI, Const. cap. 2. §. 15, et in declarationibus.
 (2) P. III, Const. cap. 2, lit. C.